

Juan M. Pons
Espinosa

*La ciudad
en la perspectiva
del poeta
Nicolás Guillén*



La ciudad tiene su propio encanto y también sus desencantos sobre la vida de los poetas que en sus obras la descubren, la halagan, la denuestan, según su experiencia personal: esto es así desde muy antiguo, y ya se identifica en la poesía de escritores tan lejanos como Propertio y Marcial. Nicolás Guillén no es una excepción en cuanto al tratamiento del tema urbano en su obra, tema que, por lo demás, ha sido poco abordado por la crítica. La ciudad de los orígenes, desde luego, tiene con frecuencia una primacía, por autoridad de la nostalgia: Nicolás Guillén, una y otra vez encontró en su natal Camagüey aspectos a que aludir en su escritura. Así, por ejemplo, escribió:

«Cuando uno regresa al lugar en que nació, después de una ausencia larga, redescubre su pueblo. A veces lo “descubre” simplemente. Porque está en condiciones de observar muchas cosas sobre las que antes el ojo resbalaba sin detenerse a estudiar.

»Este paseo de ahora por calles que me son familiares, tiene algo de novedoso en mi espíritu. Caras conocidas que saludan sonrientes, después de un ancho gesto de asombro. Y la exclamación final:

»—Muchacho, ¡qué gordo etái!»¹

Nicolás no sólo percibe la vida de la ciudad: también se percata de que la ciudad muere. Así, como constancia de sus diversas percepciones de la ciudad natal, escribiría: «Con el alma voy mirando las casas aplastadas, de grandes ventanas de ma-

¹ NICOLÁS GUILLÉN: *Prosa de Prisa 1929-1972*, t. I, p. 29, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1975.

dera, o de menudas ventanas de hierro comido por los años. Hay pobreza en el pueblo. Las fachadas sucias ignoran la lechada desde hace largo tiempo. Muchas dejan al descubierto sus ladrillos centenarios. Y sobre las aceras, el polvo de meses se tiende en una alfombra frágil que nuestros pies aplastan con ruido quebradizo».²

Es triste la descripción de la ciudad que ofrece el poeta, pero, más que por los detalles urbano–arquitectónicos, se interesó por los hombres que en ella encontraba: sus costumbres y forma de vivir fueron para Guillén el centro focal de su lente de fino intelectual, a través de la cual se formó la imagen de su Camagüey: «[...] la vida camagüeyana se va estrechando, recogiendo desde la periferia hacia el centro. Por el día, hay muchas calles “de la orilla” que están llenas de color. Entre los transeúntes vuelan las conversaciones de acera a acera. [...]. A medida que la noche descende sobre la población, se diría que ésta se frunce, se achica, hasta quedar en la yema central: Soledad, República, Plaza de las Mercedes».³

Es típico en Guillén mirar primero a los detalles físicos de la ciudad e inmediatamente recurrir al complemento que le da el dinamismo y la fluidez que la distingue, es decir, su pueblo, la gente, el hombre que la habita. De todas las ciudades que visitó, dejó constancia a través de su periodismo o de su poesía: Haití, Caracas, Ciudad México, Santiago de Chile y Buenos Aires, por sólo hablar de las ciudades latinoamericanas, son entre otras muchas las que conocieron al poeta. En ellas numerosos amigos guardan el recuerdo de aquel hombre sencillo y generoso que escribió sobre sus pueblos con elegancia, gracia y frescura singular.

Ciudad México, adonde asistió como delegado al Congreso de Escritores y Artistas Mexicanos en enero de 1937, se le quedó en el corazón. Al igual que Camagüey ocupó un lugar importante en su vida: «[...] por las alamedas laterales, a pie o en bancos bajo elevadísimos árboles, un público tranquilo charla o medita. Niños que juegan, vigilados por la criada india; ancianos inmóviles, con los ojos perdidos en la lejanía, como en el pasado, y en el remoto término, estirando el cuello por entre el

² Idem.

³ Ibidem, p. 31.

macizo de árboles que quiere borrarlos del paisaje, las graciosas líneas del castillo de *Chapultepec*, cargado de historia».⁴

Es evidente, como ya hemos apuntado, que el factor humano es el centro de atención en cada ciudad vivida y compartida, su psicología popular y una natural percepción intuitiva de los fenómenos sociales le hacen reconocer el papel de los diferentes grupos humanos dentro de la gran urbe: los niños que juegan, los adultos que charlan o meditan, los ancianos inmóviles y de ojos perdidos en la lejanía: nadie puede escapar a su poder de observación, y a todos, como por golpe de magia, los sumerge en el mundo dinámico y frenético de la ciudad. En un autorreconocimiento de lo que realmente le interesaba de las ciudades, expresó Guillén: «Pero más que los edificios me interesaba la gente, el movimiento de la ciudad, la naturaleza del ámbito urbano, en fin [...] el público corriente y moliente, el peatón cotidiano».⁵

Esta idea es expresada por Guillén en una de sus visitas a Moscú, la muy antigua capital rusa. Ante el interés de las personas que trataban de mostrarle las bellezas de los edificios cercanos a la Plaza Roja, el poeta no se mostró sorprendido, ni siquiera entusiasmado por aquella arquitectura tan peculiar, más bien su atención e interés corrían por las amplias aceras de las bellas avenidas tras el comportamiento y costumbre de sus habitantes. De hecho, él miró las múltiples ciudades que visitó, desde una perspectiva intensamente personal: al recordar su viaje por Colombia, lo que lo fascina en una ciudad tan peculiar por su arquitectura, es sobre todo su atmósfera para él familiar, su sentido musical caribeño tan enraizado con la esencia misma de su propia cubanía. Así, el mosaico de imágenes urbanas que atraviesan su prosa y su poesía, son testimonio de una percepción guilleniana de lo humano, más allá de toda veleidad de turista distraído. Fija en el hombre su atención, el poeta se concentra en él, en sus rostros diversos por el mundo. Y esos son su recuerdo y su imagen poética de lo urbano.

⁴ *Ibidem*, p. 73.

⁵ NICOLÁS GUILLÉN: *ob. cit.*, t. II, p. 38.